



## Una aproximación a China y el "eje del mal"

Augusto Soto

ARI Nº 94-2002 - 8.11.2002

Desde hace pocos días, EE UU ya no mira sólo hacia Irak. Sus dirigentes han marcado otro extremo del denominado "eje del mal" al acusar a Corea del Norte de poseer suficiente uranio como para construir dos bombas nucleares. Con la nueva perspectiva que dan los atentados en Filipinas e Indonesia, y el multidireccional conflicto de Chechenia como telón de fondo, parece claro que la difusa guerra global hará que Washington se plantee el papel desempeñado por Pekín. La ceremonial visita realizada recientemente por Jiang Zemin a Washington coincide con una revalorización estratégica de la RPCh.

El presente análisis abarca dos escenarios: por un lado, los flancos chinos en Asia central y nororiental y la lectura que el gobierno de Pekín hace del concepto del "eje del mal", tanto en sus propias provincias occidentales como en la península coreana. Por el otro, trata de precisar si la definición demonizadora de Washington da un mayor margen de maniobra a la República Popular China (RPCh) o no hace más que añadir un capítulo más al pulso estratégico que mantiene con Estados Unidos.

### La RPCh: socio y competidor

Desde el inicio de la campaña militar en Afganistán, la estrambótica profecía de Huntington sobre la posibilidad de que se creara un eje confuciano-islámico ha ido cobrando actualidad, hasta convertirse en una profecía autocumplida en la definición del "eje del mal". Éste hace que Irak, Irán y Corea del Norte surgan como enemigos de EE UU. China siguió con preocupación la creación del nuevo concepto, al que iban unidas señales de que Washington reevaluaba la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE) para hacer frente a un amplio abanico de países, entre los que se encontraba China.

Pekín ha rechazado sistemáticamente el concepto del "eje del mal" ¾en chino xiee zhouxin¾ afirmando que no se puede aplicar al ámbito de las relaciones internacionales. Pero, paradójicamente, la designación de los tres países del "eje", con los que Pekín tiene una relación mejor que el resto de las principales potencias, marca el inicio de una distensión con EE UU que podría llegar a reorientar las relaciones; relaciones que hasta ahora han estado enmarcadas por el continuo ascenso de la RPCh en el concierto internacional y un persistente hostigamiento por parte de Estados Unidos.

La crisis de Tiananmen y la caída del Muro de Berlín, en 1989, sumada al colapso de la URSS, en 1991, aislaron a Pekín de Occidente por un par de años, pero no por ello mermó su presencia en la escena internacional. Al contrario, aquella fractura del sistema internacional coincidió con la normalización de relaciones diplomáticas entre Pekín y algunos países clave como Indonesia, Singapur, Israel, Sudáfrica y Corea del Sur. Y tras un breve paréntesis que concluye en 1992, los índices de crecimiento e inversiones extranjeras en el gigante asiático volvieron a su frenético ritmo.

Sin embargo, a mediados de los años noventa Estados Unidos puso en marcha un progresivo acercamiento hacia el área de influencia centroasiática que debería corresponder a China como potencia regional. Así, en 1995, Bill Clinton proclamó que consideraba a Asia central como una prioridad estratégica. La declaración suponía un claro apoyo para las multinacionales norteamericanas del petróleo, que desde entonces se han esforzado en la estratégica labor de prospección e influencia en la decisión de las vías de exportación de los hidrocarburos de la zona a los mercados internacionales. Esta presencia continúa hoy en la región del Mar Caspio y en un inmenso país limítrofe con China: Kazajstán. Por añadidura, en el largo plazo no se descarta que se extiendan los estudios de prospección al también limítrofe Afganistán, donde en su momento Unocal mantuvo contactos con los talibán.

Washington no descartó, además, poner en marcha otras medidas estratégicas de larga duración, como fueron, en primer lugar, la apertura de embajadas en las repúblicas centroasiáticas ex soviéticas, acompañada de iniciativas de muy diversa índole, desde culturales hasta maniobras bélicas. En 1997, centenares de soldados norteamericanos volaron una distancia de 12.500 kilómetros para desarrollar maniobras aéreas en Kazajstán, que incluyeron ejercicios de paracaidismo junto a contingentes de países de la región. De esta manera, Washington logró introducirse como si de una cuña se tratara entre la histórica zona de influencia rusa ¾primero disputada con irregulares resultados en Afganistán¾ y el límite occidental chino.

El flanco oriental de la RPCh, por su parte, ha sido el más permeable a la presencia norteamericana, aunque por iniciativa china. No en vano, el orden establecido en la región de Asia Pacífico tras la Guerra da cobijo a una civilización industrial posibilitada por la pax americana a la que se ha ido acoplando la RPCh a partir de 1979.

Por supuesto, la excepción ha sido Taiwan, talón de aquiles de la relación Pekín-Washington en la década de los noventa. Pese a las amistosas declaraciones de la administración Clinton, que públicamente describía a Pekín como un socio estratégico, dos crisis bilaterales a propósito de Taiwan, más las periódicas condenas sobre derechos humanos, y el inaudito bombardeo accidental de la embajada china en Belgrado, señalaban un grave deterioro bilateral.

La confrontación llegó a su punto álgido a las pocas semanas de llegar Bush a la Casa Blanca, en marzo de 2001, con el incidente del avión espía norteamericano al sur de la isla de Hainan. Las subsiguientes acusaciones mutuas tuvieron su efecto en las negociaciones seguidas entonces para lograr la entrada de China en la Organización Mundial de Comercio (OMC), para lo que necesitaba el voto de Estados Unidos. El descubrimiento, hace unos meses, de micrófonos en el avión presidencial de Jiang Zemin encargado a la empresa Boeing pareció coronar una dinámica digna de la Guerra Fría. Sin embargo, pese al cúmulo de incidentes, tras el 11-S parece claro un nuevo giro en las relaciones bilaterales entre los dos países, algo que refleja la final inclusión de China en la OMC.

En cualquier caso, en la lógica pugna por el poder, Washington continuará considerando a la RPCh como una amenaza a largo plazo. No en vano, los indicadores económicos de China siguen arrojando índices de crecimiento sin parangón en los anales de la historia económica moderna. Y el argumento clásico dice que las potencias intentan no dar ventajas a sus adversarios en ascenso.

### **Asia central y el Plan Oeste chino**

Con la desintegración de la URSS nacieron tres Estados que se sumaron a Rusia en la frontera occidental china: Kazajstán, Kirguicia y Tayikistán, donde también viven uigures, que mayoritariamente pueblan la provincia occidental de Xinjiang ("nueva frontera", en chino). La reconfiguración de las identidades nacionales de la ex URSS ha influido al otro lado de la frontera a la hora de las reivindicaciones identitarias. En la segunda mitad de los noventa, éstas se expresaron en protestas reprimidas por las tropas chinas en varios puntos, entre ellos la capital provincial Urumqi, aunque también en atentados, el más famoso en la mismísima Pekín, donde hicieron explosión dos bombas cerca de Tiananmen. Pero más allá de las aspiraciones nacionalistas surgieron también simpatizantes de un califato islámico en un Turquestán histórico ampliado, en el que se incluían los países del Asia central ex soviética, Afganistán y el Xinjiang. Tras el 11-S, las autoridades chinas han magnificado la cantidad de simpatizantes y combatientes uigures de Al-Qaida en Afganistán y en China, transformando la lucha global contra el terrorismo en un poderosísimo argumento para acabar con cualquier oposición interna. Así, la campaña del yanda (golpe fuerte), iniciada a fines de los noventa y que ha provocado centenares si no miles de penas capitales, ha dejado de causar polémica en Occidente. Lo cierto es que la realidad es mucho más compleja que todo esto, puesto que varios de los grupos independentistas uigures se subdividen en una serie de afiliaciones, en China y el exterior, la mayoría partidarios de la no violencia en la consecución de sus fines.

El hecho es que a Beijing le urge asegurar una estabilidad como nunca antes en su territorio occidental y en su vecindad. Así, durante varios meses tras el 11-S ha mantenido un bajo perfil y una congraciativa comprensión respecto de la campaña militar liderada por EE UU y la subsiguiente administración de la limítrofe Afganistán. Por extensión, no ha criticado la permanente presencia de tropas norteamericanas en Uzbekistán y Kirguicia.

La creciente vinculación de Pekín con el Asia central interior y exterior tiene dos lecturas. Parte de la economía china depende de su conexión con los yacimientos de hidrocarburos del Mar Caspio y Siberia. Beijing ha logrado un acuerdo con el régimen de Kazajstán, cuya ejecución está aún pendiente, según el cual un oleoducto atravesaría las estepas y alcanzaría el Xinjiang, desde donde habría de extenderse a regiones costeras del gigante asiático que crecen a más de dos dígitos anuales. Los estudios de viabilidad pueden torcer el acuerdo específico, pero es previsible que alternativamente Pekín necesite el gas de Turkmenistán y más petróleo, procedente de Kazajstán y de Rusia. Por otro lado, pese a que el Golfo Pérsico se está convirtiendo en una fuente esencial de aprovisionamiento energético del régimen chino, carece de influencia en el área del previsible conflicto entre EE UU e Irak <sup>3/4</sup>que salpicaría a Irán<sup>3/4</sup>, como tampoco en el conflicto de Afganistán. Allí sólo pudo actuar en los años ochenta apoyando la resistencia soviética en conjunción con EE UU, Gran Bretaña, Pakistán y otros países islámicos.

Por otro lado y en clave interna, el reciente lanzamiento del Plan Oeste chino, diseñado para desarrollar el despoblado y virgen territorio occidental de la RPCh -que Pekín compara con la conquista del Oeste americano y de la Siberia rusa-, refuerza la vocación centroasiática del gigante oriental. El gobierno ha sacado a la luz un primer esquema, que contempla gastar más de 12.000 millones de dólares en el desarrollo de 70 proyectos dedicados a infraestructuras en Xinjiang, en los próximos cinco años. Las dimensiones de la operación requieren un ambiente tranquilo, el propicio para gigantescas inversiones. Recientemente se ha inaugurado el ferrocarril que une a Urumqi y Kashgar, la ciudad más remota y centroasiática del país. También el plan contempla atraer inversión extranjera para construir oleoductos que transporten petróleo y gas desde la cuencas de Qaidam y Tarim, donde se estima que hay importantes reservas, a la costa. A todo esto hay que añadir el hecho de que ya se están construyendo las definitivas conexiones del Tibet con el resto del territorio por vía férrea y carretera, como parte de un gigantesco esfuerzo multimillonario al que no le temblará el pulso si se tiene que enfrentar con las disensiones antigubernamentales que puedan resurgir entre los seguidores del Dalai Lama.

### **La península coreana y el papel mediador chino**

A diferencia de Asia central, la península coreana es un flanco vecino a Pekín y a sus centros neurálgicos, en el que China ejerce una influencia milenaria. No en vano, ya apoyó firmemente a Corea del Norte, en un conflicto en el que

perdió casi un millón de hombres, entre 1950 y 1953, incluido un hijo de Mao Zedong. Pese a este apoyo y al de la URSS, la juche (independencia) norcoreana, una delirante concepción soberanista, le llevó a una equidistancia de Pekín y Moscú durante varias de las décadas que duró la Guerra Fría.

El deshielo de los últimos años como resultado del fallecimiento de Kim Il Sung avanzó gracias al acuerdo firmado en 1994 con la administración Clinton por el que Pyongyang se comprometió a congelar su programa nuclear a cambio de medio millón de barriles de petróleo anuales y la construcción de dos reactores de agua liviana. Estos pasos, nada indirectos, aunque distantes, constituían toda una reformulación de los contactos. El viaje de Albright a Pyongyang y el lanzamiento de la sunshine policy del presidente Kim Dae Jung, en el año 2000, señalaban una apertura sincronizada entre Seúl y Washington.

Pero Bush ha preferido la confrontación, exacerbada tras el 11-S, y ha paralizado la conciliación con el lanzamiento de la doctrina del "eje del mal", y la acusación, hace pocos días, de que Pyongyang cuenta con uranio para fabricar dos bombas nucleares. Se trata de una publicidad contraproducente que reafirma al régimen del Norte en su autopercepción de fortaleza sitiada y, consecuentemente, de lo correcto de su política defensiva. La acusación pública se suma a la previa que señalaba a Corea del Norte como punto clave de un eje transcontinental y hace especial hincapié en la idea de que la RPCh le ha proporcionado el uranio enriquecido. O estamos frente a una política temeraria o ante una muy bien meditada.

Además, la acusación produce una evidencia  $\frac{3}{4}$ a confesión de partes relevo de pruebas $\frac{1}{4}$  que conduce a un escenario inédito. Pyongyang no ha negado la declaración americana y ha considerado innegociable su cercana o adquirida condición nuclear, aunque a cambio accedería a un pacto de no agresión. En cuanto a la oportunidad del conflicto, Washington ha escogido el momento en que Japón y Corea del Sur han decidido reiniciar sus respectivos acercamientos con el Norte tras la notoria pausa de los últimos veinte meses. Y aunque parezca paradójico, el régimen de Kim Yong Il confiesa que ya dispondría de capacidades nucleares en una coyuntura relativamente favorable: con EE UU inmerso en una guerra compleja con varios y difusos frentes, China en un período de transición de liderazgo y Japón, pese a su asertividad en Asia septentrional, en una larvada crisis económica.

¿Cálculo, bravata? Más grave que el poder nuclear es la perspectiva de un Pyongyang crecientemente alienado, sitiado por una hambruna que le ha costado más de un millón de víctimas desde la segunda mitad de los noventa y que la puede llevar a un desesperado enfrentamiento con Seúl. China Popular es parte muy interesada en una Corea del Norte estable. Al fin y al cabo, Corea del Sur es el principal socio comercial de la RPCh. Por ello a nadie se le puede escapar que precisamente sea Pekín la que tenga verdadero interés en el proceso de distensión y desarme. Pese a que se desconoce la existencia de alguna página web creada por Corea del Norte, en los últimos años Kim Jong Il se ha acercado a Beijing para recibir consejos sobre cómo una economía cerrada puede abrirse manteniendo el control político.

Es difícil imaginar que alguna potencia asiática consienta un ataque preventivo contra Pyongyang. Prefieren la zanahoria y el palo, representados por el diálogo y el mínimo contacto comercial. Tampoco la UE se ha negado a dialogar con el Norte. Se impone la diplomacia decidida, además de las gestiones discretas, pero no por ello menos persuasivas. Asia oriental avanza lentamente hacia una mayor integración y ni a Seúl, Tokio o Pekín les conviene una imprudente estrategia en la tarea de comprometer de una vez por todas a Pyongyang en un quebradizo sistema internacional. Tampoco a Washington, que parece haber adaptado sólo parcialmente su estrategia a las nuevas realidades.

## Conclusiones

- 1.- China continuará haciendo la vista gorda a la ofensiva norteamericana en Afganistán, que incluye un apoyo a regímenes centroasiáticos antifundamentalistas, porque la guerra permanente y las operaciones semibélicas le dan la libertad necesaria para prevenir cualquier atisbo de inestabilidad en el país-continente. La nueva consigna mezcla a colectivos opositores, disidentes y criminales comunes bajo el sello del antiterrorismo.
- 2.- Las acciones preventivas en un amplio arco que incluye a Oriente Medio, el Mar Rojo y el Golfo Pérsico, además de Afganistán, Pakistán y Asia Central es favorable para China porque la saca del sitio que comenzaba a ocupar como único competidor estratégico de Washington.
- 3.- La formulación del "eje del mal" no llevará a Pekín a activar un eje común con Rusia, como se desprendería de la firma del último tratado de Amistad del año 2001, porque juntos, como países del Tercer Mundo que son, no van a ninguna parte sin EE UU, que también necesita de su cooperación en el intrincado marco de la seguridad. Además, Rusia tiene una posición estratégica euroasiática que no coincide con la de Pekín.
- 4.- En las deliberaciones sobre un ataque a Irak, China insistirá en que la guerra lleve el sello de la legalidad, pero no hará más, remitiéndose a las concesiones que Washington le ofrezca extraoficialmente. Con todo, un ataque a Irak que afecte a la dirección de los yacimientos de la región supondría a Pekín una peligrosa dependencia energética de EE UU.
- 5.- A su vez, la abrupta implosión terrorista en Indonesia, Filipinas y países vecinos recuerdan, al fin y al cabo, que el conflicto abierto el 11-S trasciende las capacidades de una hiperpotencia. Una cosa es poseer sus indicadores constitutivos y otra, bien distinta, conjugar la fuerza operativa de todos sus elementos.
- 6.- Por otro lado, la actualización de Corea del Norte como enemigo permitirá a Pekín jugar un relativo papel mediador en la península coreana, uno de los pocos puntos del planeta donde ejerce influencia.
- 7.- En un conflicto global que puede llegar a quebrar el orden internacional desde el Mediterráneo hasta el Pacífico, a España y a Europa les conviene contribuir desde una diplomacia multilateral que influya en EE UU, ofreciendo un amplio margen de opciones. Está en juego el orden internacional y la misma estabilidad del comercio global y, por ello, de gran parte de nuestras expectativas de futuro.

Augusto Soto

Profesor del Centro de Estudios Internacionales e Interculturales

*Universidad Autónoma de Barcelona*

El Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos es una fundación privada e independiente cuya tarea es servir de foro de análisis y discusión sobre la actualidad internacional, y muy particularmente sobre las relaciones internacionales de España. El Real Instituto Elcano no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los documentos firmados por sus analistas o colaboradores y difundidos en su página web o en cualquier otra publicación.

© Fundación Real Instituto Elcano 2011

**Subir ▲**